

Paseo interior

TOMEMOS el arranque de *Paris, Texas* (1984), de Wim Wenders: un hombre trajeado, mugriento y tocado con una gorra de béisbol camina sin rumbo por el desierto tejano. Travis, que así se llama nuestro personaje, es un símbolo de ese mundo crepuscular de oportunidades perdidas de Sam Shepard, autor del guion, pero aquí, en estos planos iniciales de la película, en este deambular sin rumbo por la extensión desértica, es un préstamo de los caminantes silenciosos y obstinados de Peter Handke, el otro gran colaborador del primer Wenders. Y obstinado es Travis, en efecto. Ni siquiera cuando su hermano viene a recogerlo cesa en su empeño de caminar, de seguir caminando, siguiendo ahora las vías del tren. Sabremos luego que Travis avanza impulsado por una conflagración tanto física como existencial, pero no es descabellado pensar que su origen está en la errabundia del escritor protagonista de *Falso movimiento* (1975), un Wilhelm Meister que es claramente un correlato o *alter ego* de su creador.

Pocos han atribuido al acto de caminar tanta realidad y presencia como Handke. Y Miguel Ángel Ortiz Albero (Zaragoza, 1968) le dedica en este libro, *Un andar sosegado. Paseos con Peter Handke*, modélicamente editado por Fórcola, una lectura cercana, cómplice, que procede por ósmosis y

ampliación, es decir, que glosa y devana motivos, pasajes y obsesiones de la narrativa handkiana para darnos una poética del caminar que va mucho más allá del simple análisis crítico o literario. Los breves capítulos del libro son incursiones en esta obra que se resuelven en *excursiones* ensayísticas sobre las distintas formas de transitar el mundo y recorrer sus caminos, los paralelismos entre caminar y escribir, la peculiar forma de mirar e interrogar el mundo que conlleva el paseo, la atracción de las afueras y los arrabales, el gusto por el anonimato y los espacios intermedios, etc. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que Ortiz Albero utilice a Handke como pretexto. Todo lo contrario: este «andar sosegado» lo es, sobre todo, del paisaje que conforman sus libros, desde los iniciales *El miedo del portero ante el penalti*, *Lento regreso* o *Historias de niños*, hasta los más recientes *El año que pasé en la bahía de nadie* o *En una noche oscura salí de mi casa sosegada*, pasando por ese destilado magistral que fue, que sigue siendo, *La tarde de un escritor* (1987).

En Handke operan muy visiblemente dos tradiciones o poéticas del andar: una es la del *flâneur* baudelairiano, cautivado por el paisaje opulento de la ciudad y empeñado en callejear sin rumbo, sin destino, abierto a las texturas encontradas de la vida urbana; una vida de sensaciones y una sensibilidad que se complace en lo

furtivo, lo menudo, lo humilde; la otra es la del caminante enfermo que fue expulsado del edén –el *Lenz* de Büchner– y que busca hospedaje donde, si no enamorarse, sí acaso recobrar la salud. Las dos son tradiciones de signo romántico que Handke pasa por el tamiz de Kafka y el teatro del absurdo para quitarles grasa retórica, psicologismo y datos circunstanciales. Lo que queda es el puro hueso de la historia, el hilo fino de un narrador que se ve forzado, una y otra vez, a salir al mundo para indagar en él y reconocer, en las cosas que le rodean, la promesa de un sentido. Esa compulsión indagatoria es la manera que tiene, quizá la única, de completar su existencia. Así lo confirma Ortiz Albero cuando recuerda que, para Filip Kobal, el protagonista de *La repetición* (1987), «esa dedicación casi exclusiva a andar, a detenerse y a continuar andando, no sólo no le hace tener conciencia de inutilidad u holgazanería alguna, sino que le hace sentirse vinculado a algo» (p. 37).

Pasear en soledad es, en Handke, el motor de la narración. Pero también la narración es un paseo, ese movimiento *verdadero* que deja huellas en el camino y nos permite ver el mundo desde ángulos distintos, no siempre complementarios. Se me hace difícil, por no decir imposible, resumir en pocas líneas la plétora de ideas, imágenes y sugerencias que Ortiz Albero va espigando de los libros y entrelazando en estos breves capítulos que tienen, como la escritura de Handke, un aliento más poético que ensayístico o narrativo. Porque lo poético en

nuestros dos autores tiene que ver con la mirada, el punto de vista, la actitud moral, el lugar desde el que uno se sitúa ante el mundo y el modo en que dialoga con los espacios y los tiempos adheridos a ellos. Y la forma, claro está, en que la vida de uno se toca o se entrelaza con la de los demás. Pasear en soledad implica romper una inercia, cruzar un umbral; supone también una espera y una tarea de preparación; y exige, en fin, una predisposición, una permeabilidad, un mostrarse receptivo y a la vez lejano, ver a los otros sin dejar de buscar cierto grado de invisibilidad, practicar la lentitud y la lógica del sueño, creer en las virtudes mágicas de ciertos lugares –eso que algunos, siguiendo a los surrealistas, han llamado «psicogeografía»–, sumergirse en la marea del mundo y salir de él sin mácula, sin manchas de humedad, pero sí con palabras que, al enhebrarse, al ceñirse a los imperativos de la sintaxis, crean una forma paralela de paseo, otro caminar, correlato de aquel primero.

Nuestro autor sabe que el de Handke es un proyecto poético, si bien injerto o encarnado en estructuras narrativas que no han dejado de mutar y casi disolverse con los años: «Moverse contracorriente da fuerzas. Esa es la experiencia del caminante». Lo que quiere el paseante, el poeta, es la experiencia del asombro, ver las cosas como por vez primera, o como cuando están a solas, sin nosotros: «Un mundo nuevo es andar por una calle en la que acaba de nevar, por la que aún no anda nadie a excepción de un pajarillo» (p. 118). El cami-

nante es alguien que quiere volverse invisible y a la vez dar testimonio. Ese prodigio, el de la invisibilidad, lo consigue Ortiz Alberto en este hermoso libro, testimonio de su pasión lectora por un mundo, el de Handke, que es

algo más que una creación literaria. Es un modelo vital. –JORDI DOCE.

Miguel Ángel Ortiz Albeto, *Un andar sosegado. Paseos con Peter Handke*, Madrid, Fórcola, 2020.

La mirada recobrada

HACE unos meses la Institución Fernando el Católico publicó en la colección Letra última este libro –duodécimo número de la colección– titulado *Ellas contaron la historia. Novela y mirada de mujer (1939-1979)* a cargo de J.L. Calvo Carilla. Lo interesante de dicha colección es que presenta las obras con un buen estudio preliminar que complementa con una serie de materiales didácticos que posibilitan la profundización del estudiante –bien de bachillerato o bien universitario– o de un lector no necesariamente versado. La solapilla del volumen explica cómo el nombre elegido obedece a que la literatura que se publica guarda una estrecha relación con la actualidad y, en un guiño al territorio, se detalla que, no en vano, la última letra del abecedario es esa «Z» de Zaragoza. Se trata pues de un valiente e interesante proyecto editorial.

Respecto a José Luis Calvo Carilla, alma de la antología, sobran las presentaciones. Especialista en la Historia de la Literatura Española moderna y contemporánea y formador de varias

generaciones de estudiantes universitarios, siempre se ha destacado no sólo por su rigor académico sino por su cercanía y afabilidad como profesor. Obvia mencionar el sinfín de obras publicadas que van desde lo más sesudo (*Quevedo y la Generación del 27*, 1992, o *Expresionistas en España*, 2017, o *Novela española contemporánea. Lecturas asimétricas*, 2017) hasta otros títulos más aparentemente livianos (*Picasso en el burdel. La vanguardia antes de la vanguardia*, 2016, o *La palabra inflamada. Historia y metafísica del píropo*, 2000).

Esta obra, tan interesante como necesaria, sale a la luz a modo de merecido homenaje a muchas escritoras que pasaron lamentablemente desapercibidas y oscurecidas por sus circunstancias personales e históricas: dar voz a esas novelistas silenciadas es casi una reivindicación moral, pues muchas de ellas sólo fueron conocidas y publicadas muy tardíamente y a veces fuera de España. El volumen es una sopesada combinación de ensayo y de antología que se abre con una presentación no muy extensa pero